

ADVERTENCIA

Otra anatomía

Desde Spinoza y Nietzsche, la filosofía no ha parado de cuestionarse sobre la naturaleza de la fuerza, sobre la especificidad del cuerpo en movimiento. Al lado del “yo pienso” (teórico) y del “yo puedo” (moral), existe una línea de pensamiento que se ha dedicado a reflexionar sobre el “yo paso” o el “yo entro” o el “yo huyo”, y que ha intentado con ello deconstruir la primitividad de la consciencia, del sujeto como soporte de facultades y también como foco unitario, volitivo o autoreferido del movimiento.

Pero con esto la mirada se ha posado sobre un extraño abismo: detrás del *Leib* del que habla Husserl o de la carne de Merleau-Ponty, detrás del cuerpo fragmentado del que escribe Freud o del cuerpo sin órganos que escenifica Artaud, detrás de la “máquina deseante” deleuziana o del cuerpo-molde de los *body artists*, emerge la potencia de otro poder, de otro medio del sentido, cuya eficacia consiste en el hecho de ser un soporte que siempre permanece obstinadamente “otro”, o cuyo sentido está siempre “por venir” –un soporte que es siempre sólo el reverso de todos nuestros discursos y todos nuestros proyectos (incluso del proyecto de indicar ese reverso “como tal”).

La filosofía se ha así instalado frente a una necesidad heterológica radical que hace nacer la exigencia de *otra anatomía*, en la que el cuerpo solo puede entenderse en tanto sitio de fuerzas en tensión, en tanto “potencia en acto”, puro acontecimiento, “lugar de cosmogénesis”, como dijo Paul Klee¹, que no permite puntos de vista privilegiados o repliegues en lo lleno, y deja en cambio vislumbrar las potencias elásticas del espacio. Este cuerpo no se deja capturar en una representación, ni proteger por ninguna recuperación unitaria y orgánica.

Ahora bien, frente a ese abismo, la tradición filosófica ha tenido que aprender a no teatralizar el cuerpo, a no domesticarlo, a no someterlo al tratamiento inteligible, manteniendo vivo el estupor suscitado por un exceso del que no es posible dar ninguna cifra exhaustiva. Pero a pesar de la falta de exhaustividad, o en cierto modo *a raíz de ella*, se ha vuelto patente el hecho de que, en el atravesar, el transitar, el espaciarse, el sujeto solo puede concebirse cuando se lo ha desposeído de unicidad y cohesión, cuando se disemina en el entorno del espacio mundano hasta no permitir ninguna verdadera diferenciación del afuera y del adentro. “El cuerpo escapa como por una arteria”, dice Deleuze, está constantemente a punto de alargarse, de estirarse, de contraerse, de escaparse. Esta es su potencia, lo que obliga a pensarlo como lo contrario exacto de todo refugio,

¹ Klee, Paul. *Teoría del arte moderno*, trad. H. Acevedo, Buenos Aires: Ediciones Caldén, 1976. 85.

del amparo, de la interioridad preservada. El cuerpo así concebido (o no concebido, justamente) se espacializa en una nueva geometría para la cual «huir es trazar una línea, líneas, toda una cartografía»².

La nueva anatomía y la nueva geometría que nacen en ello no pretenden designar el “verdadero ser” del espacio o del movimiento, sino la operación que libera el espacio y el movimiento de toda ontología, devolviéndoles la inestabilidad, la potencia de “deflagración del Ser”, como dice Merleau-Ponty³, que corresponde para que espacio y movimiento se vuelvan efectivos dispositivos genéticos. Siguiendo estas pistas, el espacio se ve transformado: ni fluido ni duro, ni solamente replegado en sí ni puramente expansivo; ocasión de deambulación, de movimientos repetidos, de identidades furtivas y dinámicas, el espacio escapa a la representación clásica que lo piensa en la duración suspendida, casi pictórica, y lo abre a la lógica del montaje, de la dilatación, de la extensión, aquello que lo tira, lo tiende y lo indetermina. Pensar el movimiento del cuerpo en el espacio significa en este sentido aventurarse en la intensidad de esta indeterminación y asumir el desafío de un pensamiento radicalmente suspensivo.

En las páginas que siguen se recogen una serie de contribuciones emanadas del coloquio “*Cuerpos, espacios, movimientos*” que ha tenido lugar en diciembre de 2018. Dichas contribuciones no siguen una coherencia precisa ni una línea unitaria, sino que han sido aglomeradas bajo el único imperativo de dejar emerger la proliferación de voces y la intersección de métodos de la investigación. Se manifiesta primariamente el doble vínculo que liga y tiende en una oposición profunda a la filosofía, la arquitectura y la danza. Muchos textos van en este sentido insinuándose en los intersticios o derechamente fisurando las disciplinas. Pero es también la multiplicidad de voces convocadas por los artículos que siguen lo que llama la atención: se discute con Deleuze, Lacoue-Labarthe, Merleau-Ponty, Nancy, Husserl, Heidegger, Lyotard, Foucault, Klee, Quignard, Spinoza, Bataille, Artaud, Valéry y Levinas, generando sinergias inesperadas y fructíferas.

No sería arriesgado decir, de manera muy general, que el problema de la fuerza que se pretende enfocar en las páginas que siguen no es nada menos que el de la posibilidad de un pensamiento capaz de sostenerse a la altura del fenómeno de la vida. Lo que significa que debe ser capaz de no resolver la fuerza en la forma, de no traducir el esfuerzo en acción, o el espacio en lugar, o el movimiento en trayecto, o el tacto en objeto, o, por último, la vida en un signo.

Andrea Potestà
Pontificia Universidad Católica de Chile
Editor Invitado

² Deleuze, Gilles., Parnet, Claire., *Diálogos*, trad. J. Vásquez. Valencia, Pre-Textos, 1980. 45.

³ Merleau-Ponty, Maurice. *El ojo u el espíritu*, trad. J. Romero Brest. Barcelona: Paidós, 1986. 50.